

2. "Apostolado de los apostolados"

“El Fundador del Opus Dei”,
biografía escrita por Andrés
Vázquez de Prada

29/11/2010

Eran las dos de la tarde del 13 de octubre de 1941 cuando don Josemaría, invitado por Mons. Moll Salord, llegaba al seminario de Lérida para dar un curso de retiro espiritual a los sacerdotes de la diócesis. A poco de llegar ya sentía una inexplicable morriña, pensando que había dejado atrás, en Madrid, el

cariño que le ataba a sus hijos. Tomó, pues, la pluma para contarles las muestras de afecto del Sr. Obispo y la amabilidad de los Superiores del seminario:

¡Dios se lo pague! A pesar de todo —continúa—, se me va a hacer muy larga la estancia, porque ando con la cabeza llena de cosas que hay que poner en marcha ahí | # 22 |.

(Detrás de la nostalgia y de las amabilidades estaba el callado recuerdo de la tanda de ejercicios dada allí, en el seminario, el pasado mes de abril; y cómo hubo de interrumpirla cuando Álvaro del Portillo le dio por teléfono la noticia del fallecimiento de doña Dolores).

El 16 de octubre volvía a escribirles:

Jesús me guarde a mis hijos. No esperabais ayer que llamara, ¿eh? Como siempre, costó media mañana esperar a que ese teléfono

quedara libre. ¿Cuándo ponen el otro? Si lo ponen, dadme el número y se abreviará. Hace ejercicios el Arcipreste de Fraga, el pueblo de los higos. Ved si convendría encargarse una buena cantidad. Aún no saben precio. El año pasado los vendieron a 2 pts. kilo; pero este año dice que quieren venderlos a 5 pts. Ved si conviene, y decidme enseguida lo que sea. Si se encargan, he de decir ya la cantidad. Es venta libre | # 23 |.

Suelta a continuación la lista de cosas y encargos que le pasaban por la cabeza y que era urgente poner en marcha: el personal de servicio en la Residencia de Jenner, las casas por instalar, la compra de muebles...

Esta carta —les dice a modo de postdata— parece escrita por Lázaro en colaboración con Marta. ¡Pobre María! | # 24 |.

Frase que hay que tomar con una chispita de broma, y no al pie de la letra, porque don Josemaría tenía puesto su corazón y sus cinco sentidos en la tanda que predicaba. Y el montón de preocupaciones que rondaban su pensamiento, aun siendo tan prosaicas como la operación de los higos secos, estaban inspiradas por la gloria de Dios y el cariño paterno por sus hijos | # 25 |. Es un hecho tangible y comprobable que en su cabeza cohabitaban toda suerte de proyectos —materiales y espirituales—, bajo el imperio de una única intención sobrenatural. En esas condiciones, ¿tenía acaso sentido distinguir entre vida activa y contemplativa, entre meditación y gestión, entre oración y trabajo? Marta y María no andaban reñidas ni separadas, sino cogidas del brazo, como dos buenas hermanas, porque el amor de ambas, y el de Lázaro, tocaba el corazón de Cristo.

Esto dicho, agreguemos que la frase de la postdata rezuma también seriedad, porque hace referencia a la médula del mensaje que trae al mundo el Opus Dei. A saber: el valor santificador del trabajo hecho cara a Dios, con rectitud de intención. Sobre ello comenta el Fundador:

En su aspecto espiritual o ascético, la formación que nos da la Obra tiende a crear en nuestras almas una disposición habitual, como un instinto, que nos conduce a mantener siempre —a no perder— el punto de mira sobrenatural en todas las actividades. No vivimos una doble vida, sino una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se funden y compenetran todas nuestras acciones. Cuando respondemos generosamente a este espíritu, adquirimos una segunda naturaleza: sin darnos cuenta, estamos todo el día pendientes del Señor y nos

sentimos impulsados a *meter* a Dios en todas las cosas, que, sin Él, nos resultan insípidas. Llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque nuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios —sin rarezas—: endiosamiento | # 26 |.

En cuanto don Josemaría regresó a Madrid se ocupó de terminar la instalación del piso de la calle de Villanueva, 15 (después 13), que se había alquilado en el mes de septiembre y adonde fueron a vivir Álvaro e Isidoro Zorzano; y luego de mucho buscar dieron con otro pequeño piso, en el que vivían un grupo de personas que cursaba estudios de doctorado o ya ejercían su profesión. Dicho centro se instaló en una casa de la calle Núñez de Balboa, 116 | # 27 |. Ese genérico

concepto de "instalación" incluía el problema del servicio doméstico, es decir, la tarea de atender la administración de cada centro.

Ocupación que el Fundador había definido esencialmente como **apostolado de los apostolados**, por su gran repercusión y eficacia en las actividades apostólicas de la Obra.

En 1942, y en los años que siguieron, eran contadísimas las mujeres de la Obra en aquel primer centro de Jorge Manrique. Tan patente era el desigual desarrollo de las dos vertientes apostólicas —la de hombres y la de mujeres— que en el curso de retiro que hizo a solas don Josemaría en noviembre de 1941 se resolvió, animado por una secreta esperanza, a dedicar una buena parte de su actividad sacerdotal a la labor de la Obra con mujeres, **que presiento —escribe— ha de tener muy pronto un buen empujón, por el número y por la formación** | # 28

|. Durante algunos años se enfrentó inevitablemente con la desigualdad numérica de los elementos componentes de la Obra. Y don Josemaría, armado de fe, en lugar de poner freno al creciente progreso de los centros para varones —Diego de León, Jenner, Villanueva, Núñez de Balboa, El Cubil— intentó, como pudo, que sus hijas realizaran, desde Jorge Manrique, la gran tarea que les correspondía en todos los centros de la Obra como apostolado específico.

Sobradamente conocía el Fundador los principios por los que se regía ese **apostolado de los apostolados** : lo primero, el servicio que se hacía a toda la Obra; detrás vendrían los demás apostolados variadísimos de sus hijas. No era precisa mucha perspicacia para darse cuenta de que aquella situación de desequilibrio entre el número de hombres y el de mujeres invitaba a una cautelosa prudencia. Por eso, la decisión de

don Josemaría de seguir adelante con la expansión de la Obra en aquellos momentos, sin detener su desarrollo, fue un acto de plena confianza en Dios.

Se esforzaba el Padre en aclararles que estaban comenzando. Les pedía fe y audacia: **Con sólo media docena de mujeres que sé que me seréis fieles, llenaremos el mundo de luces de Dios, de fuego divino.**

Tened fe en Dios, y un poco de fe en este pobre pecador , les suplicaba |

29 | . Era el inicio de la labor y, precisamente por eso, las primeras debían estar dispuestas a todo. Más adelante, con el desarrollo de los apostolados, sólo se ocuparía profesionalmente de las labores domésticas un pequeño porcentaje de las mujeres de la Obra. **Habrá** — les decía el Padre— **hijas mías Catedráticos, Arquitectos, Periodistas, Médicos** ... Pero, por de pronto, todas tendrían que

encargarse también de la administración de los centros de la Obra en Madrid.

A lo largo de los cursos académicos 1941-1942 y 1942-1943, don Josemaría, con la ayuda de su hermana Carmen, libró la batalla de la formación de las nuevas administradoras de los centros y residencias de la Obra en Madrid, en todo lo referente a las tareas domésticas. Lo peor de todo eran las prisas; y el mayor obstáculo la falta de tiempo. Tuvieron, por tanto, que aprender sobre la marcha.

Tía Carmen se impuso esta obligación con Lola, Nisa, Encarnita y alguna otra. Carmen, vigilante y repartiendo consejos a todas, sin meterse en terrenos que no le incumbían, enseñaba y arrastraba con el ejemplo | # 30 |. Y el Padre, con la autoridad que le correspondía, animaba y exhortaba a sus hijas para

irlas formando, con mucha paciencia y sin dejar de corregirlas. Tenía don Josemaría excelentes condiciones pedagógicas, aunando, a la vista del caso concreto, la teoría con la práctica. De modo que cada lección era una enseñanza inolvidable. Las lecciones versaban sobre los menesteres y las operaciones más variadas y vulgares. El Padre, siempre en guardia, les enseñaba a ejecutar con la mayor perfección posible, y por amor a Dios, cualquier trabajo, por insignificante que pudiera parecer. Quería que sus hijas aprendieran a ser fieles en lo pequeño, en las tareas corrientes de cada día, porque ése es el camino para santificar toda nuestra existencia, les decía.

Se tomaba el Padre la molestia, por ejemplo, de enseñarles —como enseñaba también a los hombres— a cerrar una puerta con cuidado; es decir, a cerrarla sin golpazo y con

amor de Dios. A vista de la persona interesada y con la puerta abierta empuñaba el picaporte, hacía girar luego suavemente la manilla y aproximaba, sin violencia, la hoja de la puerta hasta cerrarla, sin dar golpes. Luego soltaba suavemente la manilla para que encajase debidamente, evitando que entrara al resbalón. De igual forma, la operación inversa | # 31 |.

El Padre solía acompañar las lecciones prácticas de alguna palabra amable, de una sonrisa y, por dentro, con oración. (Es muy de sospechar que estos ingredientes pedagógicos procedían de la educación y buenos modales aprendidos en el hogar de Barbastro. Recordó siempre con agrado don Josemaría las lecciones aprendidas de sus padres. Si le pedían algo de niño —traer un objeto, por ejemplo—, y no ponía atención al acercarlo, o mostraba desgana, o lo entregaba

precipitadamente, para irse a jugar, el padre o la madre le enseñaban los buenos modales. «Así se entregan los guantes al rey» —le decían—: con una sonrisa, con deferencia, sin precipitarse, con atención) | # 32 |.

Así tuvieron que muchos detalles. Encarnita, sin pretender ser exhaustiva, ni mucho menos, hace una lista con un montón de observaciones y variedad de quehaceres:

«Aprendimos el tono humano que debían tener nuestras casas; limpias, puestas con buen gusto y con detalle; evitando la tacañería, pero sin lujos y cuidando las cosas para que duren. Nos dejó muy claro que para el oratorio todo debía, siempre, parecernos poco. Aprendimos que los cuadros debían estar bien colocados; que los muebles no debían rozar las paredes; a cerrar bien las puertas; a poner armonía y gracia,

tanto en la colocación de unas flores, como en un adorno que estuviera sobre una mesa o en una vitrina. Nos explicaba cómo, al entrar en una habitación teníamos que ser observadoras y darnos cuenta enseguida de lo que estuviera torcido, estropeado o roto. Todo esto era preciso extremarlo en el cuidado de lo relacionado con el oratorio: colocación de candeleros o del mantel para que fuera igual de largo por cada uno de los lados del altar, que estuviera la persiana baja cuando hubiera luz eléctrica... También nos insistía en que no debía haber más luces encendidas que las necesarias en cada momento.

Nos habló de las flores que se ponían sobre el altar: estarían colocadas directamente allí, entre los candeleros, fuera del mantel, pero siempre sin recipiente con agua que las conserve: así se consumirían plenamente —sin nada que les

alargase la vida— para el Señor» | #
33 |.

En aquella labor educativa resultaba sorprendente la fecundidad de don Josemaría al formular los principios teórico-prácticos, por los que debían regirse. Eran otras tantas reglas de oro donde se compendia algún aspecto concreto del espíritu de la Obra, aplicado a la administración de los centros. Consistían estas reglas en frases fáciles de recordar, o lo suficientemente pintorescas como para que no se cayesen de la memoria. Si escaseaba la comida y sus hijas e hijos se plegaban a las restricciones, el Padre exigía mayor confianza. Dios velaría por sus hijos: **Si nosotros no le faltamos** —les decía—, **Él no nos faltará** | # 34 |. Pero sin la presunción de que les iban a llover las cosas del cielo, como el maná del desierto: **Hay que poner todos los medios humanos, como si no hubiera sobrenaturales, y**

después una fe tan grande como si las cosas dependieran sólo de Dios | # 35 |.

A las mujeres que tenían que dirigir a las empleadas del hogar en sus tareas domésticas, les aconsejaba, si es que querían que todo marchase bien, que fuesen ellas **por delante en los servicios desagradables | # 36 |.**

En cuanto al modo de vivir la pobreza, les mostraba dónde y cómo ahorrar: manejar con cuidado los objetos frágiles, reparar cuanto antes los desperfectos, alargar la vida de los instrumentos de servicio. En una palabra, comportarse con dignidad, sin pobretería, pero con sacrificio, haciéndose a la idea de que eran **madres de familia numerosa y pobre** , conscientes de que **la riqueza del Opus Dei es que sepamos vivir pobres | # 37 |.**

Gustaba el Padre de verlas serenas y optimistas, rindiendo en su trabajo,

con orden y eficacia. Y, si querían evitar parones y altibajos, les daba un remedio infalible:

**A veces da gusto veros funcionar — decía a sus hijas con orgullo— :
marcha bien vuestra vida interior, trabajáis constantemente, hacéis apostolado. Pero de repente hay como un frenazo y reducís la marcha. Y, ¡eso no puede ser!
Vuestra vida tiene que tener un ritmo uniforme, como el tic-tac de un reloj. Para conseguirlo, el secreto es cargarla con la cuerda del amor de Dios | # 38 |.**

En fin, tenían que revestir el cumplimiento de sus faenas con una nota de discreta elegancia, porque **la buena Administración ni se ve ni se oye | # 39 |.**

Ni qué decir tiene que no parecía sencillo poner en práctica un estilo de vida así. Sin embargo, pronto las aprendieron de la mano del Padre en

gran medida, pero también gracias a los muchos percances, errores y equivocaciones cometidos. A tales contratiempos, algunas de ellas los denominaban "desastres"; y el Padre, tomándolos por el lado positivo, los calificaba de "experiencias" | # 40 |. Pequeños desastres se produjeron, como sucede en todo lugar y, para que no se repitiesen en el futuro, se hacían fichas de experiencias, para ir ganando terreno y no caer dos veces en el mismo hoyo. Grandes desastres tampoco faltaron, sucediendo que el mayor de ellos dio lugar a la mejor de las experiencias.

Discurría plácidamente el curso académico 1942-1943 en la Residencia de Jenner cuando al hijo del dueño se le ocurrió casarse. Esto, naturalmente, no tenía por qué alterar la vida de los estudiantes. Pero el propietario del inmueble, aprovechando tan feliz motivo, presentó demanda judicial de

desahucio, alegando que necesitaba los pisos ocupados por la Residencia, que estaban en alquiler, como vivienda para la nueva familia.

La entrevista con el abogado del dueño de la casa hizo ver que, de llevar el asunto a pleito, la sentencia sería desfavorable. Don Josemaría decidió, por tanto, actuar con rapidez, antes de que la situación empeorase. Una mañana temprano, acompañado de Amadeo de Fuenmayor, se fue a ver al propietario. La conversación, cortés, no prometía gran cosa, pues el dueño se aferraba a la ley y no estaba dispuesto a hacer concesiones, a pesar de que se le insistió en los graves inconvenientes que sufrirían medio centenar de personas en pleno curso...

De pronto, don Josemaría cambió de táctica y le dijo en tono diferente:

— ... Soy un sacerdote de Jesucristo... Y no puedo consentir que tengan que abandonar la Residencia en pleno curso cincuenta estudiantes cuya alma me ha sido confiada | # 41 |.

«A partir de ese momento —refiere Fuenmayor—, cambió enteramente el giro de la entrevista. Y entonces, como si resumiera una larga negociación que hubiera alcanzado un punto final satisfactorio, el Padre añadió con gran autoridad y suma sencillez: **O sea que, mañana se reunirán su abogado y el mío y redactarán un documento con las cláusulas siguientes...** Y dictó una tras otra las cláusulas, que al día siguiente di a conocer a los dos abogados» | # 42 |.

Como garantía del cumplimiento de las condiciones acordadas se entregó un cheque y la Residencia continuó funcionando hasta el verano, que era

cuando acababan las clases. Entretanto, obligados forzosamente a un traslado, don Josemaría vio que con ello se le presentaba la ocasión de ampliar la capacidad de la Residencia. Además, sería la primera Administración completa e independiente, algo así como una administración piloto | [# 43](#) |.

Acompañado de tía Carmen, el Padre llevó a las que iban a encargarse de los trabajos de la Administración en la futura Residencia a visitar la tumba de los Abuelos en el cementerio de la Almudena. Ante los restos de doña Dolores pidieron por las necesidades de la nueva empresa, continuación de la de Jenner, a cuyo servicio tan generosamente se había entregado la Abuela | [# 44](#) |.

En la avenida de La Moncloa, a un paso de la Ciudad Universitaria, se encontraron dos chalets, que no estaban contiguos, sino a distintos

lados de la calle, uno enfrente de otro. Todo el verano estuvieron de obras. La reparación de los daños causados allí durante la guerra y la adaptación de los edificios a su nuevo destino, se alargó varios meses. Cuando en octubre se presentaron cerca de noventa estudiantes, la Residencia no había empezado siquiera la prueba de rodaje. En octubre empezaron los contratiempos.

De la administración se ocupaban Encarnita, Nisa y Amparo Rodríguez Casado, que estaba delicada de salud; y tenían la ayuda y consejos de Carmen, aunque esporádicamente y de lejos, pues atendía Diego de León. Las entradas y salidas de albañiles, pintores y fontaneros ni contribuían al buen orden del servicio ni a mantener limpia la casa. Y la separación de los dos chalets, con la calzada por medio, creaba nuevos problemas y dificultades. El almacén

de comestibles, por ejemplo, estaba al otro lado de la calle y a buen trecho de la cocina. Lo mismo sucedía con los cuartos y dormitorios, que se dividían entre los dos chalets.

Como había dicho el Padre meses atrás, la Residencia de la Moncloa sería **el escaparate de la Obra**, en ella se fijarían quienes no miraban con buenos ojos al Opus Dei, tratando de hallar fallos y defectos. Pero, no por eso alguno debía intranquilizarse ni prestar demasiada atención a los curiosos o a los malintencionados, sino esforzarse en hacer las cosas lo mejor posible, en la presencia de Dios | # 45 |. Estaban ya casi en la Navidad y el funcionamiento de la administración de la Residencia era —según el honrado saber y entender de aquellas mujeres— un escaparate de desastres.

Las chapuzas de los albañiles y los arreglos de los fontaneros, hechos de prisa y con malos materiales, propios de la posguerra, hacían interminable la presencia de obreros en la casa. Las instalaciones eran defectuosas; las dificultades de abastecerse, cada vez mayores; y el número de residentes, muy elevado.

Las dificultades fueron minando paulatinamente el optimismo, las energías y la paz interior de las administradoras. De manera que, al acabar el primer trimestre, habían dado al traste con aquel consejo de que nuestra vida debe tener ritmo uniforme, como el tic-tac de un reloj. Además, con el afán de dedicar más horas al trabajo, las robaban al sueño | # 46 |.

Hacía algún tiempo que no habían visto al Padre. Las jornadas prenavideñas habían sido de mucha brega, y coincidían con un final de

trimestre. Se acumuló el trabajo. Los estudiantes marchaban de vacaciones y reclamaban la ropa de lavandería antes de la fecha fijada. Algunas empleadas del hogar fueron a pasar esos días de fiesta con sus familias. Y, por si era poco, se les echaron encima los preparativos propios de la Navidad.

El 23 de diciembre fue por allí el Padre. Iba a felicitarles, por adelantado, las fiestas; y les traía un regalo de parte de tía Carmen. Llamó a Nisa y a Encarnita, que pronto aparecieron en el comedor. Les enseñó el regalo: una bandeja de madera lacada, con un diseño de pájaros de brillante plumaje. Arrimó don Josemaría una silla de la mesa de al lado y se dispuso a charlar un breve rato con sus hijas. No tenían nada especial que contarle, salvo la desazón por la que atravesaban. Confiada y espontáneamente se desahogaron ambas | # 47 |.

El Padre, paciente y sereno, las escuchaba con atención. De cuando en cuando las interrumpía, dándoles ánimo y asegurándoles que aquello no duraría mucho.

— «Además, como tenemos tanto trabajo —le explicó una de ellas—, no tenemos tiempo de hacer la oración y la hacemos trabajando y, prácticamente, sin darnos cuenta de que hablamos con Dios...»

— «Es que Vd. piensa cosas, con la imaginación —intervino tímidamente la otra—, y nos pide imposibles» | # 48 |.

De repente aquel sacerdote, fuerte ante las contradicciones, hundió la cabeza entre las manos y rompió en sollozos. Nisa y Encarnita le miraron doloridas y en silencio. Pasó un corto espacio de tiempo. El Padre se serenó, alzó el rostro y, echando mano del regalo que había traído, cortó un trozo del papel que lo

envolvía. Tomó luego la pluma y comenzó a escribir:

+ 1/ sin servicio 2/ con obreros 3/ sin accesos 4/ sin manteles 5/ sin despensas 6/ sin personal 7/ sin experiencia 8/ sin dividir el trabajo

Al llegar aquí, trazando una raya, como para aislar las dificultades, comenzó a enumerar los remedios:

1/ con mucho amor de Dios 2/ con toda la confianza en Dios y en el Padre 3/ no pensar en los *desastres* , hasta mañana durante el retiro. 23 dic. 1943 | # 49 | .

Luego, con mucha paz y la sonrisa en el rostro, les entregó el papel y les anunció también que les predicaría el retiro y les hizo unas recomendaciones para que celebrasen con una buena cena la Nochebuena, deseándoles una feliz Navidad.

El 24 de diciembre les dio el Padre el prometido retiro espiritual, desbordante de fe y optimismo, seguro de que sus hijas no olvidarían nunca la lección de aquella pasada experiencia, en que había estado a punto de irse al garete la esperanza puesta en el apostolado de las administraciones.

Lloré, hija mía —decía el Padre a Encarnita— , **porque no hacíais oración. Y, para una hija de Dios en el Opus Dei, el trabajo más importante, ante el que hay que posponer todo lo demás, es éste: la oración** | # 50 | .